

Cuentos Baturros



—¿Hay algo raro que ver en este pueblo?
—No, señor.
—Pues me han asegurado que hay algo muy raro.
—¡Como no lo dijeran por usted!



CUENTOS BATURROS



ANIMALES

Uno de Casetas, aficionado a la bebida, levó en un tratado de Historia Natural el siguiente párrafo:

“El camello es un animal que puede trabajar ocho días sin beber.”

Interrumpida la lectura, exclamó:

—Al contrario de lo que me pasa a mí. Yo soy un animal que puedo beber ocho días seguidos sin trabajar.

LO MISMO DA

El dueño de una casa envía a su criado a echar una carta al correo, sin darse cuenta de que le ha entregado una carta en vez de otra. En lugar de

Las uvicas de tu parra
icen: comerme, comerme;
y los pampanicos dicen:
que viene el guardia, que viene.

—
Esta calle está empedrada
con confitura menuda;
todos miran a la calle
y yo miro a tu hermosura.

—
Corre, que te pilla el toro
la capa y no tienes otra,
y el domingo te dirán
el de la capita rota.

—
Ya se van los quintos, madre,
por la carretera real,
y sus pobrecitas madres
llorando se quedarán.

—
La palabra que me diste
yendo y viniendo a la fuente
como era palabra de agua
se la llevó la corriente.

TENORES A DOS PESETAS

Al llegar el tren a una estación de la línea de Zaragoza, el mozo canta el nombre con una voz tan opaca que no se entiende.

Un viajero asoma por la ventanilla su cara somnolienta y dice al mozo:

—Bien podía usted cantar más claro para que supiéramos dónde estamos. ¡Vaya una voz de caña rota!

—¡Mia el señorico por donde sale! ¿Quiere usted que le pongan tenores del Real con dos pesetas diarias?

A CADA UNO LO SUYO

Una señora despidió a la criada y pagóle el salario.

La sirvienta, después de contar el dinero, llamó al perro de la casa y le arrojó unas pesetas al mismo tiempo que le decía:

—Toma, pa que te compres pan.

—¿Qué significa eso?—preguntóle la señora.

—Pus miusté; mu sencillo. A mí no me gusta deber na a denguno, y como el perro me limpiaba los platos... pus por eso.

EN UNA CALLE

—Eh, tío güeno, ¿podría usted icime cuál es la casa de enfrente de aquí?

—Pus cuál ha de ser, aquella de allí.

—Pero, moño, si hi preguntao allí y m'han dicho que es ésta de aquí.

¡VAYA UNA DUDA!

Un joven licenciado del ejército, natural de Belchite, no hizo otra cosa durante el tiempo que permaneció en filas, debido a su torpeza y falta de ilustración, que el oficio de aguado.

Llegó a su pueblo y con motivo de haber militado, se consideró con derecho a solicitar una plaza de guarda en un monte vedado para la caza.

Consiguió sus objetos más que todo debido a su honradez, y al leer a duras penas la comunicación que le remitió el presidente de la Sociedad arrendataria, nombrándole guarda y consignándole sueldo, se quedó extático, sin acertar a comprender la asignación marcada.

Para salir de dudas fué en busca de un amigo y le dice:

—Chiquio, Veutriano, lee este Boietín y verás lo que dice.

—¿Qué?

—Que me nombran "guardia".

—¿"Cevil"?

—Quiá, hombre. Del monte ese ahonde vienen a cazar esa cuadrilla de Zaragoza.

—¿Y cuánto vas a ganar?

—Pus a eso vengo, mostillo; a ver si entre los dos podemos sacar este cerolítico, porque no sé si voy a ganar mil pesetas al año u cada mil años una peseta.

—¿A ver?...

CANTARES BATURROS

Primero que yo te falte,
vida mía, en el amor
ha de calentar la nieve
y ha de resfriar el sol.

Himos salido de ronda
y no nos han conocido;
a la mañana dirán:
forasteros habrán sido.

Porque soy forasterito
y atrevido en el cantar,
les he pedido permiso
a los mozos del lugar.

La fiero va por la calle,
y no tiene resistencia,
lo mismo es tirarle balas,
que papeles a la Audiencia.

Todo el que quiera en el mundo
saber lo que es padecer,
que se case jovencito
con una mala mujer.

De la Tierra Baja, madre,
salen los tierrabajinos,
de la tierra de Teruel
los aragoneses finos.

Más vale una saya roya
que llevan las teruelanas
que todos los miriñaques
que llevan las valencianas.

Subiendo la calle arriba,
me compraron un vestido,
y cuando volví a bajar
ya lo tenían cosido.

No sabes con qué gusto
me cambiaba por un asno,
si la cebá que comiera
me la daras de tu mano.

Los mocitos que hay ahora
ya no buscan la hermosura;
lo que buscan interés
aunque tengan cara e burra.

Estando preso en la cárcel
miré al cielo y di un respiro,
dónde está mi libertad
que tan joven he perdido.

UN PEQUEÑO CAMBIO

Un baturro fué a confesarse y el cura le impuso
por penitencia que ayunase por espacio de ocho
días, a pan y agua.

—Otra, señor cura, ¿no sería lo mismo a pan
y vino?—preguntó éste.

COPLICAS BATURRAS

Yo conozco a una mocica
de mucha formalidá,
que me ha dicho: hasta mañana
y ya no la he visto más.

Asómate a la ventana,
pura, bella, y te veremos
y con la luz de tus ojos
la guitarra templaremos.

Zaragoza me parece
la más obscura prisión,
porque dentro d'ella habita
el bien de mi corazón.

Al salir de Zaragoza
dime qué te hizo más duelo,
si la Virgen del Pilar
o el Santo Cristo La Seo.

Quince años de charramegia
y ya quiés que nos casemos;
ten paciencia, Pascualica,
que estas cosas quieren tiempo.

El corazón de mi amante
dicen que lo tengo yo;
el corazón de mi amante
¿para qué lo quiero yo?

¿Quieres que me vaya a Argei
y me venda por esclavo,
y el dinero que me den
será para tu regalo?

Me han dicho que el sol te ofende
y las estrellas también;
si eso llegase a ser cierto,
al sol la muerte daré.

Esas calabacitas
que tú me has dado,
me vuelven la cabeza
del otro lado.

No me dejes de querer,
y no me dejes de amar,
mira que yo soy aquel
que nunca te olvidará.

En hablando de amores
yo me ausento de aquí
que esas conversaciones
no me gustan a mí.

NO HAY POR QUE MENTARLO

Arrodillóse un baturro al pie de un confesionario, y antes de empezar a descargar su conciencia, se puso a rezar. Terminada la oración se persignó y dijo:

—En nombre del Padre, del Espíritu Santo, amén.

—¿Y el Hijo?—le preguntó el confesor al notar el lapsus del baturro.

—Güeno, gracias; lo hi dejao con su madre.

BUENA ESTA LA ENSEÑANZA

Terminados los exámenes, vuelve al pueblo el hijo del tío Manolico, con unas calabazas desconuales.

El chico procura justificarse y logra convencer al padre de la injusticia que han cometido con él.

El tío Manolico se explica ante los amigos en los siguientes términos:

—Sus advierto que el crío se ha portau de primera. El samarugo ha sido el profesor.

—¿Por qué?—le preguntaron.

—Porque es un morante. Ya vis, como él no sabía, le preguntó al mañico que quién había descubierta la pólvora.

—¡Vaya una juada!

—¡Que aprendan, que aprendan antes de ponerse a enseñar!

LAS APARIENCIAS ENGAÑAN

A un tuerto, y además de tuerto, mala persona, que había cometido una fechoría, lo perseguía la justicia.

Un vecino suyo, que le conocía, tuvo que presentarse a declarar y el juez le dijo:

—De modo que el individuo a quien se persigue no tiene más que un ojo bueno.

—No sé qué le diga a usted, señor juez. No tiene más que un ojo bueno y ese es malo también.

EL TERCO

—¡Hola, tío Cozcurro! ¡Tanto tiempo sin verle!
¿Conque usted por aquí, eh?

—Sí señor; por aquí yo.

—¡Vaya, vaya! Tan bien conservado siempre... Para usted no pasan los años.

—Eso me güele a alabación, porque bien: llena de arrugas tengo la cara, que paice un pandero mal cosido. Lo único que conservo bien de mi cuerpo son los dientes.

—¡Pacho! Pero si se le cayeron...

—Por eso. Los conservo en un cañutico.

—¿Y qué hace usted en ese bancal con un sol que tuesta?

—¡Psh! Aquí está uno a lo que cae.

—¿Pus qué quíe usted que caiga? Una granizada me pa a mí que no, porque no está nublaio.

—¡Quiá! A cazar perdices vengo.

—¿Sin escopeta?

—Con esta pistolica y una miaja e güena voluntad.

—Pué que haiga poquicas perdices por aquí.

—Con pocas m'acontento.

—¿Ha cazau usted ya muchas?

—Cuando caiga la que espero y otras tres ya tendré cuatro.

—Eso es güeno. ¿Cuánto rato lleva usted aquí, a la espera?

—Tres horicas bien cumplidas.

—¡Jesús, tres horas en día de hacienda! Poco tendrá usted que hacer.

—¡Poco, y trebaio más que nunca!

—¡Bien está! Tanto trabajar y disponer de tantas horas...

—Es que de comida a comida nunca trebajo.
—¿Qué amo se conforma con tan poco? Porque quedría yo también servirle. No obligar a nada de comida a comida...

—¿Pus pa qué, si no es preciso?

—¿Quié usted hace el favor de icime, entonces, cuál es su ocupación?

—Frego los platos de una fonda.

—¡Rediela, qué culebra! Mírela usted, allá, enfrente, entre aquel cañizo. Si cuasi da espanto... Lo menos tendrá cuatro varas de larga. Tírela.

—¿Quién, yo? Pa eso estoy aquí...

—Pues me deje a mí la pistola.

—Ni pensalo. Pa matar perdices la hi compra y no s'ha de icir que s'ha muerto nunca otra cosa con ella. El hombre no ha de cambiar de ideas.

—¡Concho, qué tozudo es usted! Mire que el boticario pué que le dará una peseta por la culebra pa hacer untos.

—Ni que me dara pastillicas pa los quince riales que m'ha costau la pistola.

—¡Lástima de ocasión! Perder eso por su terquadá. Pus me pa a mí que con la caza de perdices no s'hara millonario. Ya s'acercas la culebra. ¡Jolín! No mus teme, y eso que usted va armao... ¿Quiés juate que la mato de un cantazo? ¡Ah, mala sierpe! ¿Conque quiés rite de mí. Pus ¡allá te va eso! ¡Ja, ja! Mire qué retortijones la dan: la hi partido el espinazo... Voy por ella. ¿Qué, no le da a usted envidia?

—¿A mí? Pa mí sólo valen las perdices.

—Voy a cogela. ¡Qué majísima está! Mírela.

—No quiero mirar mucho, no se me vaya la caza.

—Media arroba larga pesa. Entre piel y todo lo menos sacaré un duro por ella. Yo siquiera hi aprovechau el tiempo, que lo que es usted, bien que lo pierde.

—Déjelo. Ca uno pierde lo que es suyo. Un mes hace que vengo aquí tarde por tarde.

—¿Y cuántas perdices ha cogido en treinta días?

—Denguna, que yo sepa.

—Pus no cal golver, tío Cozcurro.

—¡Otra que no! Lo que en un mes no ocurre, pué ocurrir en un año. Mientras yo viva y en el mundo haiga perdices, pué esperarse que dé con alguna. A coger culebras pué usted ganame, pero lo que es a terco, nadie me gana. De viejo moriré sin coger perdices, pero mis hijos y mis nietos seguirán viniendo aquí y ya se sabrá que, cuando menos se piense, m'habré salido con la mía, que el predicador li hi oído icir más de una vez que pa el hombre nada es imposible y mi agüelo me enseñaba que con el tiempo tóo se alcanza y con paciencia se gana el cielo; conque miusté si será más fácil que eso cazar perdices.

LA COSTUMBRE

—Maño, tú estás mareau. Has bebío mucho. Amos, ven aquí al café y tómate una taza de café.

En efecto, entran ambos al establecimiento y llaman al mozo.

—Tráigame una taza de café.

—¿Con ron o aguardiente?

—Con aguardiente, pero más que café.

SE HA VUELTO LOCO

—Chiquio, ¿no acertarás quién se ha vuelto loco?

—¿Quién?

—Don Sixto, el banquero.

—¡Atiende! Si no pué ser... Antiyer estaba tan güeno y tan cuerdo...

—Pus está loco y bien loco. El tío Jotica acaba de ir a su casa a cobrar una letra y él mismo le ha dicho que "no tenía conocimiento". Conque miá tú si lo sabrá él mejor que nadie.

REGIMEN LACTEO

—¿Qué te ha dicho el médico?

—Que pa ponerme güeno hi de golver una temporadica a ser chiquillo.

—¡Amos, tienes ganas de groma!

—¡Que no, ti digo! Ya pués comprarme un biberón y unos pañolicos, porque no puedo tomá más que leche según m'ha dicho.

ENTRE TINIEBLAS

—Manolico, tú que sabes de letra, ¿quiés leeme esta carta?

—Sí, señor.

—Pero no quió que te enteres de lo que leas, ¿oyes?

—Pus ¿cómo pué ser eso?

—¡Leyéndola a oscuras! Voy a apagar el velón,

300

Editorial Bruguera - Proyecto, 2 - T. 82981 - Barcelona

T. 828544

FJOTA.F - 185

R. 139464

CB. 3620549

25 CENTIMOS